LA ARQUITECTURA REPUBLICANA

Por Silvia Arango

No busco decir aquí por qué sucedió, sino cómo sucedió. Porque la arquitectura republicana es un suceso. Un acontecimiento. Esto, claro está, si entendemos por "arquitectura republicana" ese impulso estético que atacó al quehacer arquitectónico colombiano durante unos 20 años: entre 1910 y 1930. La palabra "republicano" resulta, pues, equívoca y nos atenemos a ella sólo para evitar enfrascarnos en discusiones semánticas intra-profesionales.

Delimitar fechas tan precisas en arquitectura es siempre una mentira. Pero en este caso, es sólo una mentira a medias. Hacia atrás y hacia adelante podríamos encontrar antecedentes y prolongaciones que desdibujan los contornos; pero si alguna vez en toda la historia de la arquitectura colombiana es lícito trazar líneas tajantes, es ésta. Porque el "fenómeno" de la arquitectura republicana es nítido y claro, de gran fuerza y concentración. Es así. Ya habrá tiempo después para explicar por qué. Lo cierto es que durante estos 20 años se empezó a sentir que todo estaba por hacer. La anterior arquitectura y la anterior ciudad les parecía inadecuadas, pobres y provincianas: Colombia era un país por construír.

En 1910 se inaugura el primer ejemplo del mundo prometido que se abría con optimismo, hacia el futuro. La exposición del Centenario, destinada a mostrar los avances industriales y artísticos del país, fue alojada en hermosos pabellones, dirigidos por el único arquitecto colombiano con títulos académicos europeos y que había luchado en las últimas décadas, por una nueva estética: don Mariano Sanz de Santamaría. En la década de los 10 y sobre todo en los años veinte, en todo el país la administración invirtió grandes sumas de dinero para construír albergues adecuados a sus diversas funciones: Palacios de Justicia, Gobernaciones, Alcaldías, edificios educativos, estaciones de ferrocarril... La imagen "adecuada", urbana, fue la europea. Los estilos académicos de los edificios europeos y latinoamericanos del siglo XIX brindaban, más que un repertorio de referencia, una serie de modelos para imitar. No había en el país arquitectos suficientes preparados para esta tarea y se contrataron arquitectos europeos: Gastón Lelarge, francés; Agustín Goovaertz y Joseph Martens, belgas; Pedro Colón Monticoni, italiano, fueron algunos de los contratados durante este período. Junto a ellos, algunos colombianos: Pablo de la Cruz, Alberto Manrique Martín, Horacio Marino Rodríguez, Arturo Jaramillo...

Además del gran empleador que en todos sus niveles fue el Estado, los arquitectos fueron también contratados por la "empresa privada": clubes sociales, teatros, por ejemplo, pero también casas-quintas, pequeños conjuntos de vivienda y aún remodelaciones de casas fueron emprendidas por particulares. El arquitecto-diseñador tuvo durante estos 20 años un amplio campo de acción y ganó, como gremio incipiente, un lugar en la sociedad. Pero además de los arquitectos profesionales, que de todas maneras eran una exigua minoría, los ingenieros y maestros de obra fueron también arrollados por este "boom" constructivo. Todos los sectores en la medida de sus posibilidades, se dedicaron a "europeizar" su vivienda y su contorno. Sin exagerar mucho, puede afirmarse que la faz de las ciudades cambió, por la acción sumada de la decoración de fachadas en todas

las clases sociales.

En términos del espacio urbano, el sentimiento es el mismo. Las Juntas de Mejoras y Ornato (con diversos nombres en las distintas ciudades) se dedicaron a arreglar los espacios públicos existentes y llenaron de rejas, fuentes y flores las viejas plazas coloniales. Se formaron sociedades para abrir urbanizaciones y colonizar las afueras de las ciudades. El diseño de las nuevas acciones urbanas, públicas o privadas, fue modelado por el mismo signo europeizante: avenidas o bulevares de anchas proporciones, rematados visualmente en estatuas o edificios significativos; parques-pulmones, a las afueras, con serpenteantes caminos "a la inglesa" o geométricos senderos "a la francesa" y lagos para el paseo dominical, se complementaron con juegos mecánicos para la diversión, retretas y restaurantes.

El sueño de "hacer ciudades", con el modelo difuso extractado de París o de Buenos Aires, nunca llegó a realizarse por completo. Muchos bulevares quedaron truncos; la mayoría de las casas, que no pudieron hacerse en piedra, se hicieron en yeso muchas veces, la remodelación se quedó sólo en la fachada; varias empresas urbanizadoras quebraron; el tren tuvo que ceder su primacía comunicadora a los aviones. La riqueza relativa de los años 20 era, finalmente, la riqueza transitoria de un país pobre. Ninguna ciudad colombiana pudo construír un cuerpo suficiente de edificios como para dejar una marca indeleble de este impulso estético, salvo, tal vez, Manizales, cuyo incendio permitió una renovación concentrada y rápida a finales de los años 20. La crisis económica que marca el comienzo de la siguiente década rompió abruptamente el acontecimiento de la arquitectura republicana.

La arquitectura republicana es por eso paradójica. No hemos tenido en nuestra historia otro sueño arquitectónico más resuelto y con más capacidad de capturar la imaginación colectiva. Pero fue fundamentalmente eso: un sueño. El estado de degradación en que hoy se encuentra nos habla más de su pobreza constructiva y tecnológica que de sus ilusiones. Estas solo permanecen dignamente en algunos contados edificios. Pero, no son acaso, estos sueños, también parte de nuestra historia?

* * *